



Jorge Arteaga y el muralismo mexicano.

Luis Eduardo Cortés Riera.

cronistadecarora@gmail.com

Aconteció en el Museo de Barquisimeto hace algunas décadas, cuando de repente e inesperadamente sucedió que me topé con el magnífico cuadro La quema de Judas, del maestro caraqueño Jorge Arteaga pintado en 1960 y que mide 122 X 127 centímetros.

En ese mágico momento recordé el concepto o teoría del aura de Walter Benjamín desarrollada en 1936, una cualidad única y misteriosa que envuelve una obra de arte original y que se pierde en las reproducciones técnicas, es decir que no es lo mismo ver una obra de arte impresa en un libro, cine o revista que disfrutarla en la presencia misma de ella. No era apariencia sino autenticidad lo acontecido a mi persona aquel día memorable.

En ese momento comprendí con aquella formidable experiencia estética que estaba en presencia de un gran artista plástico venezolano residenciado en Barquisimeto que expresaba toda una corriente pictórica de hondísima

raigambre latinoamericana que se ha proyectado universalmente hasta los días que corren.

La cuestión de la quema de Judas fue recreada por el muralista mexicano Diego Rivera. Es un tema universal que expresa una crítica social, protesta simbólica en medio de la tradición religiosa.

El muralismo mexicano en Jorge Arteaga.

Uno de los grandes y originales aportes de América Latina a la cultura universal ha sido, a no dudar, el prodigioso muralismo mexicano. Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros son las figuras más destacadas de este movimiento pictórico que exalta la Revolución Mexicana de principios de siglo XX, apadrinado por el filósofo José Vasconcelos, secretario de educación pública del presidente Álvaro Obregón.

Un joven pintor venezolano viaja a México para conocer in situ este movimiento pictórico que tuvo y tiene resonancias planetarias. Nos referimos a Jorge Arteaga, (Caracas, 1936- Barquisimeto, 2025), quien atraído por el realismo social de los muralistas viaja al país azteca en tres ocasiones cuando Diego Rivera ya había fallecido.

Se hace entonces Jorge Arteaga uno de los pocos muralistas venezolanos de los siglos XX y XXI con un marcado contenido realista social e histórico. Al regresar de México trae una impronta tan marcada y profunda que le permite desarrollar una obra plástica muy distinta al movimiento del cinetismo entonces dominante en Venezuela. Prefirió la crítica social, un realismo que no podía expresar con el cinetismo de Jesús Soto, Alejandro Otero y Carlos Cruz Diez.



De los mexicanos David Alfaro Siqueiros y Gabriel Bracho aprenderá Jorge Arteaga el muralismo como una herramienta de educación pública, con un estilo

dramático lleno de movimiento. Su técnica de “muralismo dinámico” o “arte poliangular” consistía en crear composiciones que solo podían ser apreciadas en movimiento, obligando al espectador a caminar, a mirar desde distintos ángulos. Esto convertía al mural en una experiencia viva, en una narrativa tridimensional que interpelaba al público.

Este prodigioso poliangularismo lo podemos admirar en el portentoso vitral del diario El Impulso de Barquisimeto, confeccionado por Jorge Arteaga con ayuda de Leonel Durán en el año 2005. Mide 72 metros cuadrados. Su autor se sentía muy orgulloso de su primer vitral. Reconoce que la idea de realizarlo provino de la señora Gladys Guzmán de Carmona, esposa de Gustavo Carmona, quien en esa ocasión dirigía el rotativo larense.



Se trata de una obra monumental, de grandes proporciones, este vitral de Jorge Arteaga, el primero que realiza, que inunda a todo color la sede del diario El Impulso, relatándonos con la técnica de los grandes espacios y contenidos potentes de color, la historia, bajo la óptica de un realismo social, del periódico larense desde sus humildes orígenes en la Carora de 1904 de la mano del bachiller Federico Carmona (1867-1928), el rostro de Bolívar que ha inspirado su muralismo pictórico, las rotativas, los cajistas, reporteros con sus cámaras fotográficas, mecanógrafos, los humildes muchachos pregoneros.

Si pedimos en los vertiginosos tiempos que corren a un adolescente que mire este vitral será pocas cosas las que reconocerá, pues la revolución digital y de las comunicaciones deja atrás al papel, rotativas y cajistas. Pero el vitral de

Jorge Arteaga será un recordatorio de una épica periodística que venció obstáculos geográficos, que no se dejó amedrentar por los autócratas, que casi sin interrupciones entrega a los venezolanos las noticias bajo las técnicas de Gutenberg, que ahora se interna con audacia en el mundo digital e internet.

Solo un reparo me atrevo hacerle al vitral de Jorge Arteaga: el de haber omitido allí la figura del gran maestro de juventudes Cecilio “Chío” Zubillaga Perera (Carora, 1887-1948), quien en memorable ocasión escribe que “El diario El Impulso enseñó a leer a los caroreños.”

Paz al alma esclarecida de Jorge Arteaga, caraqueño, adelantado discípulo de los venezolanos Marcos Castillo, Armando Lira y Rafael Ramón González, que hizo al Estado Lara, su aridez y crepúsculos, su tierra de grata adopción, después de haber vivido en San Felipe y Mérida, en donde de la mano del maestro José Requena, realiza lo más relevante de su prodigiosa obra pictórica, cargada de simbolismo patrio, cumple su dilatado magisterio, tan elegante, sobrio y resplandeciente.

Carora,

Estado Lara,

República Bolivariana de Venezuela,

martes 4 de noviembre de 2025.



